

Turismo de calidad versus turismo basura

ANTONIO MACHADO CARRILLO

Hace poco tuve ocasión de participar, como docente, en un cursillo sobre "Isla, medio ambiente y turismo", celebrado en Los Llanos de Aridane, en La Palma. En la sesión de preguntas que se produjo tras la conferencia de uno de mis colegas, una joven alumna, tal vez confundida o, quizás, simplemente intrigada, hizo la pregunta siguiente: "¿Alguien podría aclarar, por favor, qué es eso del turismo de calidad?"

Yo me encontraba en el público y al instante me di cuenta de la envidia que tenía la pregunta. Es verdad que, últimamente, se habla mucho de turismo de calidad, y dudo que exista discurso promotor o político que no acabe por mencionar el "turismo de calidad" como objetivo último o panacea del sector. En realidad, no tengo tantas dudas, pues lo he podido comprobar *ad nauseam*.

El problema, porque se trata de un problema real, es que todos lo evocan pero nadie se detiene a explicar en qué consiste ese turismo tan deseado, de modo que cada cual interpreta el término "calidad" a su personal gusto o interés. En la mayoría de los casos, en boca de promotores y empresarios, "calidad" se asimila a "lujo", sinónimo de turistas ricos que dejan mucho dinero. No ha de sorprender este planteamiento en una sociedad cuya meta primaria es el lucro económico. Y también los hay, aunque sean minoría, que sueñan con turistas mochileros, muy cultos ellos, que son capaces de caminar kilómetros y kilómetros con un higo y una gallina por nutrimento y que hasta reciclan el papel del bocadillo que transportan. Tampoco nos han de extrañar posturas antagónicas como ésta.

Atrapado por este maniqueísmo, tomé conciencia de que la pregunta hecha no era baladí ni inocente, de modo que asumí el reto: "Mañana trataremos de ese asunto..." anuncié, escurriendo el bulto veinticuatro horas.

Así, al día siguiente, ya repuesto de una visita nocturna al "Palacio del queso, el jamón y el vino", de reciente apertura en Los Llanos, me enfrasqué en intentar dar contenido a concepto tan esgrimido y vilipendiado. Por suerte, me encontraba liberado de la tentación de escabullirme por mi biblioteca —que reposa en Tenerife— y tuve que afrontar

el concepto completamente desarmado de literatura y a quemarropa; eso sí, con el fértil atrevimiento que dispensa toda sana resaca.

El resultado de mis cábalas lo expuse por la tarde y, para goce personal, creo que fue aceptado por la joven audiencia, no sin previo rumiaje. Hoy estoy lanzado y me he propuesto compartir la idea con los lectores de esta página. Igual sirve para reflexionar sobre ese gran fenómeno moderno, el turismo, al que hemos entregado nuestras Islas e identidad, y del que nuestra economía es adicta crónica, sin que atisbe posibilidad alguna de "desenganche".

Lo primero es desvelar el destinatario implícito en el concepto. Turismo de calidad, ¿para quién? ¿Para nuestro bolsillo particular o para nuestra tierra y sociedad? Yo lo tengo claro, así que, con esta última perspectiva —y ojalá fuera consensuada— planteo cinco condicionantes de calidad y al cumplimiento de cada uno asigno una estrella, por usar un referente familiar ampliamente extendido en el mundo hotelero. La máxima calidad la obtenemos con las cinco estrellas, mientras que, de cumplirse sólo uno de los condicionantes, pues andaríamos bastante parcos en calidad del turismo, que no ha de confundirse con calidad turística, que es distinta.

No es este lugar para desarrollar en profundidad lo que cada uno de los postulados implica y espero que, de su mero enunciado, el lector pueda obtener una idea más o menos precisa de lo que planteo de forma tan simple. Considero turismo de calidad aquél que:

- * Produce poco impacto ambiental
- * Se vincula a los valores intrínsecos del recurso (y no a los añadidos)
- * Consume y emplea productos locales
- * No prostituye la cultura local
- * No recalienta la economía.

Invito a empresarios, estudiosos y políticos a que apliquen este test a las formas de turismo que ellos conocen o practican en nuestras Islas. Y luego espero que sean honestos a la hora de atribuirse estrellas.

En un arrebato de perversidad, propuse una escala equivalente pero contraria, para definir el "turismo basura", de

tal modo que, cada vez que no se cumpla uno de los condicionantes expuestos, se concede una "papelera". Estrellas y papeleras son complementarias, pero así, si nuestro caso turístico no consigue ninguna estrella, al menos se lleva cinco papeleras y queda etiquetado convenientemente para escarnio del personal.

¿A qué obliga el asumir honestamente un turismo de calidad para Canarias como objetivo político? Pues a bastante, y valga una reflexión dedicada de todo corazón a los políticos que destinan importantes fondos del erario público en promocionar las islas para que vengan más y más turistas. Por lo pronto, las cifras récord de afluencia conseguidas las celebran a bombo y platillo, y en el papel impreso. Además, se esfuerzan en "completar" nuestra oferta con muchos casinos, aguaparcos, campos de golf, marinas, "putipalacios", animalarios, esfinges egipcias, poblados polinesios y toda suerte de afeites y pintajos para supuestamente adornar la belleza y atractivo de nuestras Islas.

Si de verdad —si de verdad, repito— se quiere cambiar cantidad por calidad, basura por estrellas, hay que revertir el orden de las cosas. En vez de ¿qué quieren los turistas?, debemos preguntarnos: ¿qué turistas queremos? y no forzarnos más en adaptar la oferta hasta el límite de lo absurdo y el mal gusto. Es preciso centrarse en el mercado y buscar, localizar y seleccionar aquel turismo que operando a dosis moderadas haga practicable las cinco estrellas de la calidad. Estoy convencido que en el vasto mercado europeo existen sobrados turistas y turoperadores que cumplan con el perfil requerido. Es cuestión de cambiar las campañas de promoción por campañas de "buscar y captura". No vender más la niña/o, sino buscar el novio/a.

Estas ideas podrían orientar la política turística en islas como El Hierro, La Gomera o La Palma, donde el turismo de calidad, tal como aquí se define, no es muletilla política ni palabra fatua, sino un modelo aún viable. Para las demás islas, las que ya vendieron su alma a las papeleras y padecen sobredosis aguda de turismo basura, no veo solución. Que los políticos responsables sigan huyendo hacia adelante mientras la tierra y los canarios aguanten o hasta que llegue el colapso. Esto último no se le contó a los alumnos.